

prender la retirada. Alcanzado en La Galarza por las fuerzas independientes, renovóse la lucha entre las sombras de la noche, y deshechos los realistas, muertos sus principales jefes y perdidos sus cañones, huyeron en dirección á Atlixco, llevando al moribundo Soto Maceda y dejando en poder de los vencedores gran número de prisioneros.

La toma de Puebla era posible. Pero Morelos no había recibido aún noticia de las operaciones de Galeana y Bravo. Estos han derrotado á las fuerzas españolas en Huitzucó y en Tepecuacuilco, y se hallan en aquellos momentos sobre Taxco. Morelos se dirige hacia ese lugar. Cuando llega, Bravo y Galeana han hecho ya capitular á García Ríos; pero éste, después de la capitulación, ha seguido haciendo fuego. Morelos da orden de qué se le fusile sin demora, castigando también con este acto las execrables maldades que aquel jefe español había cometido bajo el pretexto de reprimir á los partidarios de la Independencia.

El plan de Morelos habíase desarrollado admirablemente. El camino para México y Puebla estaba abierto, pues Calleja, con el único Ejército capaz de detener al Caudillo insurgente, se encontraba entonces frente á Zitácuaro. Con sólo un mes que Rayón resistiese en aquella plaza, la causa de la libertad estaría triunfante. Pero aun no había salido Morelos de Taxco, cuando recibió una funesta noticia. Zitácuaro no había podido resistir; en un solo día había caído bajo el esfuerzo de Calleja. Morelos tuvo que modificar todos sus proyectos; se vió obligado á detenerse en su marcha victoriosa. Las circunstancias, más fuertes que su voluntad, habíanse interpuesto en su senda, viniendo á echar por tierra el hermoso ideal que él se había formado sobre el próximo establecimiento de la Independencia de la colonia.

CAPÍTULO III.

CUAUTLA.

Cuautla, en el año de 1812, sufrió el soplo de la tempestad y de la guerra, quedando, sin embargo, en pie, como una fortaleza levantada por las manos de la Libertad. Su pequeño conjunto de casas desafió durante setenta días el fuego constante de los cañones enemigos. Si la sangre derramada junto á sus improvisados muros saltara de repente de la tierra que la absorbió, se enrojecería el río

que corre en sus orillas, y con los huesos de los que murieron entonces, podría formarse una pirámide ó una montaña.

El 13 de febrero del año referido, Calleja salió de México con el Ejército del Centro á atacar á Morelos, que se había fortificado en aquel lugar. El 18, hizo un reconocimiento en la loma de Coahuixtla, y quedó señalado para el día siguiente el asalto de la plaza.

Al frente de Cuautla se distinguía el brillo de seis mil fusiles: en todo lo que la vista podía alcanzar, el acero brillaba á lo largo de las líneas belicosas del Ejército Español. Allí estaban los mejores soldados sostenedores de la autoridad real; los que habían vencido en mil combates; los ceñidos con los laureles de Aculco y Calderón y con los más frescos aún de Zitácuaro. Oviedo se hallaba al frente de los patriotas de San Luis; el Conde de Casa Rul mandaba el Batallón de Guanajuato; los granaderos y el Regimiento de la Corona imitaban en su actitud guerrera el porte de las legiones napoleónicas, y los escuadrones de Zamora, San Carlos, Tulancingo, España, Armijo y Morán hacían caracolear sus caballos, impacientes del freno, y ostentaban con orgullo el encendido color escarlata de las banderolas de sus lanzas.

Después de amanecer se dió la señal de combate, y aquel Ejército se puso en movimiento. Una nube de humo envolvió pronto á la plaza de San Diego, nube que rasgaban como lenguas de fuego las descargas de la artillería española. Mas defendía aquel punto el bravo Galeana; sus soldados eran los mejores con que contaba Morelos; eran aquellos mismos negros de la costa que en Chichihualco habían parecido diablos á la tropa de Garrote y que se hallaban también envanecidos por una larga serie de triunfos. El choque, por lo mismo, fué terrible; se peleó cuerpo á cuerpo; los combatientes, no pudiendo disparar sus fusiles, servíanse de ellos para golpearse con rabia. Al fin, los realistas no lograron ocupar las trincheras, y se retiraron un momento, dejando entre los muertos á sus dos mejores Coroneles, Oviedo y el Conde de Casa Rul.

Calleja, que venía en un coche á retaguardia, no podía creer las noticias que se le comunicaban. El se hallaba acostumbrado á vencer. Toma su caballo, y manda que se repita el ataque horadándose las paredes divisorias de las casas que forman ambas líneas de la calle, para marchar cubiertos hasta la fuerte posición de San Diego. Los soldados del Rey entran en las miserables chozas matando á los habitantes pacíficos refugiados en ellas, no perdonando en su ciega rabia ni á las mujeres ni á los niños. Mas allí también encuentran á Galeana y á su sobrino D. Pablo, que les salen al paso. El famoso cañón llamado «El Niño» y las granadas de ma-

no enviadas á gran prisa por Morelos desde la plaza de Santo Domingo, producen destrozos en los asaltantes. Un joven de doce años, llamado Narciso Mendoza, ha seguido sirviendo la artillería de la trinchera, y ametralla á los grupos que corren á ocuparla. Todo nuevo esfuerzo es inútil. A las tres de la tarde escasea el parque entre los realistas; sus ataques han sido rechazados; varios de sus jefes superiores yacen tendidos en los alrededores de San Diego, y la sangre de cuatrocientos muertos y de mayor número de heridos tiñe la Calle Real y los destruídos edificios que la circundan.

Calleja tiene entonces que ordenar la retirada. Sus escarmetados batallones van á situarse á la hacienda de Santa Inés. El General español se halla poseído de ira; destituye al Coronel Jalón, porque le dijeron que se había ocultado tras una tapia, y toda la tarde se le ve pasearse con el semblante descompuesto, los puños cerrados, y sus ojos arrojando relámpagos.

Vino la noche cubriendo con su negro crespón aquella escena de muerte. Calleja tuvo que retirarse á su habitación; pero le fué imposible dormir. Sentía en su cabeza un calor febricitante, su corazón latía con una rapidez convulsiva, y en vano daba vueltas en su lecho llamando al reposo: sus pensamientos se oprimían en su espíritu cual olas agitadas. Al fin se levantó y salió al campo, donde millares de hombres dormían extendidos sobre la tierra: nada tenían para apoyar su cabeza; más numerosos eran sus peligros, más penosos sus trabajos, y sin embargo disfrutaban tranquilamente del sueño, mientras él erraba en su vigilia dolorosa, teniendo envidia á aquellos á quienes su vista contemplaba.

Sintió su alma descargarse un poco ante la frescura de la noche. Era la una de la mañana. El aire algo frío hería su rostro con el soplo balsámico recogido entre aquellos campos de caña: al frente se hallaba la pequeña villa contra cuyos fuertes conventos se habían estrellado aquel día los aguerridos batallones del Ejército, distinguiéndose los campanarios á la luz de la luna, cual si fuesen centinelas gigantescos encargados de la defensa; más allá, la vista de Calleja descubría la loma de Coahuixtla, donde el día anterior próximo había estado á punto de caer prisionero Morelos. ¡Cuánta diferencia en veinticuatro horas! La tarde del 18, el Caudillo insurgente se había visto rodeado de enemigos, salvándose por la abnegación de su escolta y por el temerario arrojado de Galeana, y ahora se encontraba victorioso en Cuautla, victorioso de las mejores tropas de Nueva España, victorioso del que siempre había triunfado y que por sus señalados servicios esperaba pronto el mando superior de la colonia.

La cúspide de los volcanes distinguíase á lo lejos, coronada de una nieve inmutable y eterna que habían respetado mil estíos y que no se fundía como el hombre ante la mano del tiempo. Aquel velo blanco saludaba la mirada del General español desde sus almenas rocallosas; velo al parecer ligero y frágil, pero el cual continúa brillando mientras la torre viene abajo y el árbol se rompe. En uno de esos volcanes la nieve tiene la forma de una mujer tendida, cubierta con un blanco sudario: se diría que es un paño mortuorio arrojado sobre la Libertad, al ser sepultada en una tierra amada, donde su genio profético ha hablado varias veces por la voz de los grandes hombres. A la derecha é izquierda de Calleja extendíanse los campos de Buenavista, en los que pronto iría á colocar su tienda de campaña, y las famosas lomas de Zacatepec, que luego ilustrarían las hazañas de Matamoros.

Calleja tomó la dirección de Cuautla; pero presto tuvo que variar de camino. A cada paso su pie tropezaba con cadáveres, cuyos miembros devoraban perros hambrientos. Un grupo de estos animales percibió á alguna distancia, los cuales roían perezosamente los huesos de los muertos y apenas podían levantarse del lugar del festín ¡tan ampliamente habían reparado un largo ayuno á expensas de aquellos que habían caído y que les servían esa noche de banquete! Los buitres igualmente habían acudido allí, batiendo sus alas y picoteando los cuartos de caballo, mientras que un lobo venido de las montañas inmediatas tenía á alguna distancia, retenido por la presencia de los perros, y apenas se atrevía á tomar parte en aquel gran convite de carne humana.

La ferocidad de Calleja habríase excitado si todos los cuerpos allí destrozados hubieran sido de insurgentes; pero eran de sus oficiales más distinguidos, de sus continuos acompañantes, de aquellos á quienes el día anterior había estrechado la mano y animado para el combate, excitándoles su pundonor, su vanidad ó su ambición. Si el jefe ibérico hubiera sido capaz de un remordimiento, tiempo era aquel oportuno para tenerlo. Mas lo que quiso fué quitar de su vista un espectáculo repugnante, y cambiando de rumbo tomó la dirección de los campos de Buenavista.

Hizo largo paseo: tenía necesidad de él su espíritu agitado. Por último, rendido de fatiga, sentóse sobre una piedra, y pasó la mano sobre su frente en actitud de un hombre sumergido en una meditación profunda. Bajó la cabeza sobre su pecho ardiente, agitado y oprimido; sus dedos erraron convulsivamente sobre sus sienas, como la mano que se pasea sobre el teclado sonoro para preludiar el aire que quiere encontrar. Una idea se fijó al fin en su

cerebro. Reducirá la plaza por hambre. No cuenta para ello con tropas suficientes; pero mandará llamar las de Llano, quien no ha podido tomar á Izúcar y se hallará encantado de que lo saquen del compromiso. El Virrey tendrá que secundarlo en sus determinaciones, porque el triunfo de Morelos sería la pérdida de la colonia. Por último, aunque va á llegar la estación de aguas y sus soldados enfermarían en aquel clima, él, antes de que tal cosa ocurra, habrá tenido tiempo para tomar la plaza.

Tranquilizado un poco con este nuevo proyecto, vuelve á su cuarto de Santa Inés, y tomando sin vacilación la pluma, escribe al Virrey el siguiente oficio:

«Cuautla debe quedar demolida como Zitácuaro, y si es posible, sepultados los facciosos en su recinto. Para esto necesito infantería, cañones, víveres, pertrechos y tiempo. V. E. resolverá lo que deba ejecutar, en el concepto de que en el entretanto me mantendré en las inmediaciones más próximas en que halle subsistencias.»

Calleja, al escribir lo anterior, había tenido presente el «*Délenda est Carthago*» del viejo romano. Venegas le contestó mandándole la división de Llano, la artillería de Perote y todos los recursos en hombres, víveres, municiones y dinero que encerraba la Capital de Nueva España. Nunca una comunicación ha tenido mejor resultado, y Calleja podía estar satisfecho de haber seguido su inspiración, exornándola con una de tantas reminiscencias históricas, á las cuales era aficionado.

Mes y medio llevaba Cuautla de estar circunvalada, sufriendo constantemente el fuego de los cañones y morteros, sin que decayese el ánimo de sus defensores. Calleja dispuso entonces cortar el agua de Juchitengo, que abastecía á la población de ese elemento indispensable de vida, y el Batallón de Lobera dió cumplimiento á esta orden terraplenando en un gran trecho la zanja que servía de lecho al agua y dando otra dirección á la corriente. Morelos comprendió el inmenso daño que acababa de hacersele y mando á Galeana que en la mañana siguiente construyera un fortín que asegurase para siempre el abastecimiento de la villa.

Los soldados españoles se hallaban formados en círculo al redor de la toma de agua, reflejándose sobre la onda móvil el brillo de sus armas, cuando de improviso una viva luz que se desprende del bosque contiguo, hace centellar sus rayos oblicuos. Es el fuego de fusilería de las fuerzas independientes. Galeana va á su cabeza, con esa mirada que hace temblar á sus enemigos en el combate, héroe ilustre á quien ha confiado el General en jefe el

remedio para la sed ardiente que se experimentaba dentro de la plaza. Los realistas ceden ante su arrojo. Galeana aprovecha el instante para avanzar con su tropa, é inmediatamente levanta, á la vista y bajo los fuegos de sus adversarios, un fortín artillado con tres piezas.

Concluido aquel acto de audacia, al volver Galeana al pueblo, Morelos prepara en su obsequio un pequeño festín, bajo la sombra deliciosa de una tupida enramada. Se quiere que la rosa toque con sus caricias la frente del héroe; se manda traer el poco vino que hay en la población, y los jefes brindan por tres veces en honor de su valiente compañero. Estas fiestas campestres se repiten en lo sucesivo allí mismo: en el terreno próximo al reducto, al alcance de las balas enemigas, se organizan bailes y jamaicas á los que concurren jefes y soldados. La música da al viento sus alegres acordes, todo es regocijo y animación, y los disparos de los cañones realistas son recibidos con aclamaciones y vivas á la Independencia.

En una de las primeras noches del mes de abril, Morelos atacó denodadamente el fortín del Calvario, lugar importantísimo para los sitiadores. Calleja tuvo que enviar grandes masas de tropa para sostener aquel punto. Ya antes el Caudillo insurgente había recibido la noticia del descalabro sufrido en Mal País por D. Miguel Bravo, á quien se había encargado proveyese á la plaza de los víveres que escaseaban. En vista de tales sucesos, Morelos llamó á uno de sus más ameritados oficiales, el Cura Matamoros, y tuvo con él la conversación siguiente:

—Ya ve usted, le dijo, que el hambre, esa siniestra y eterna compañera de la guerra, se hace sentir dentro de Cuautla. Es preciso salir á traer provisiones, y pienso tomar parte personalmente en esta expedición, poniéndome al frente de tropas escogidas.

—Señor, replicó Matamoros, hay absoluta necesidad de que usted permanezca dentro de la plaza. La confianza no se impone, y todos la tienen únicamente en usted. Un soldado no debe solicitar servicio. Sin embargo, como tal vez sea lo de mayor peligro, si usted me considera digno de esa comisión importante, yo saldré á traer bastimento.

—Y ¿por dónde podrá usted forzar el círculo de hierro que nos oprime?

—Por el rumbo de Santa Inés.

—¿Necesitará usted mucha tropa?

—Cien dragones, con el Coronel Perdiz.

—Muy bien; voy á expedir las órdenes convenientes. Esta mis-

ma noche, si está obscura, procurará usted arrollar las líneas enemigas.

Y en efecto, en la noche, Matamoros rompió el sitio, yendo á reunirse, no lejos de Ocuituco, con las fuerzas que mandaba D. Miguel Bravo.

La noche sombría reinaba; los soldados insurgentes reunidos por Matamoros en el pueblo de Tlayácac comenzaban á abandonarse á las dulzuras del reposo, y sólo algunos guardias velaban la seguridad del campamento. En Cuautla los sitiados construían nuevas fortificaciones, cerraban las brechas practicadas por la poderosa artillería de Calleja, fabricaban proyectiles y se esforzaban en atender á los numerosos heridos que llenaban los hospitales.

De repente una gran claridad se distingue en el horizonte. Son los soldados de Matamoros que anuncian, por medio de una fogata encendida en la altura, que al día siguiente tratarán de introducir el convoy de víveres que vienen custodiando. Se han reunido provisiones de todos los alrededores, y á la verdad que aquéllas van siendo cada día más indispensables en la villa sitiada. La peste causada por los malos alimentos y por el exceso de bebida, pues el aguardiente es lo único que abunda, ha producido fuertes estragos.

Morelos da orden de que se secunden con vigor los trabajos de Matamoros. En la mañana siguiente, á los primeros disparos que se oigan, un cuerpo de dos mil hombres saldrá inmediatamente de la plaza y atacará con ímpetu los puntos ocupados por las tropas de Llano, próximos al reducto de Zacatepec.

Mucho antes de amanecer, las tropas de Matamoros se hallaban formadas y él colocado á su frente. Protegida por las últimas sombras, la vanguardia salvó pronto la distancia que la separaba del Ejército Español, presentándose ante el campamento de Llano; pero las avanzadas realistas habían escuchado el avance, y arrojando el grito de alarma, habían conseguido que todos despertaran y se armasen. A la vista del enemigo, el valor de los independientes no reconoció límites y se tornó en furor. Así como de lo alto del cielo el rayo serpenteando parte, resplandece, resuena y cae al mismo tiempo, así los insurgentes destruyen en un solo instante las líneas realistas, y con el sable en la mano persiguen sin descanso á los soldados de Lobera, cuyo jefe considera su batallón perdido por completo. Mas un espía ha comunicado á Calleja el punto por donde iba á verificarse el ataque, y Matamoros es pronto detenido en su triunfo por las fuerzas reunidas de todo el Ejército sitiador. El, á pesar de eso, no es capaz de intimidarse. Un torrente de fuego y humo se eleva en los aires, remolinea con gran ruido y cubre con

un denso velo lo que ocurre entre los contendientes; á ese estrépito horrible, á esas olas de luz que se distinguen, vienen todas las demás tropas á tomar parte en la lucha. Por todas partes se escucha el ruido de las detonaciones y el choque de los sables; arroyos de sangre tiñen el suelo, y ante aquella general hecatombe huye la noche sobre su carro de ébano.

Cuatro horas duró el combate, al cabo de las cuales Matamoros se vió obligado á ordenar la retirada. Verificóse ésta en buen orden, volviendo el Ejército á cruzar las barrancas de Tlayácac, que había atravesado en la mañana lleno de esperanzas. Matamoros caminaba triste y preocupado. No había podido cumplir el encargo de Morelos, y además se había visto forzado á abandonar á los jefes salidos de Cuautla, oyendo aún á lo lejos el fuego nutrido que sostenían con el enemigo.

La situación de Cuautla fué insostenible después de haberse perdido toda esperanza de proveerla de víveres, con el descalabro sufrido por Matamoros.

Calleja creyó que era llegado el momento de que los sitiados se rindiesen, y pasó á Morelos, por medio de un oficial parlamentario, el bando de indulto concedido por las Cortes Españolas.

Pero Morelos no pensaba en rendirse, sino en romper el sitio. Devolvió el bando al General realista con estas irónicas palabras escritas en el reverso: «Otorgo igual gracia á Calleja y á los suyos.»

El 2 de mayo de 1812, á favor de una obscura noche, emprendió Morelos su salida, llevando Galeana la vanguardia con la mejor infantería. La columna se dirigió en el mayor silencio por la caja del río, rechazó sesenta granaderos que defendían el espaldón que la cruzaba, salió por allí al camino de la hacienda de Guadalupe y se dispersó por los diversos pueblos situados en la extensa falda del Popocatepetl.

El Ejército Español pudo entrar entonces á Cuautla; mas no encontró sino una población de espectros. El hambre y la miseria se veían en todos los semblantes; la peste había añadido sus desastres, y las casas se hallaban llenas de enfermos y con cadáveres que no había quien sepultara. Los mismos soldados realistas enternecieron, y cedieron su rancho á aquellos infelices, para muchos de los cuales, en el estado de desfallecimiento en que se encontraban el alimento era veneno, pues luego que lo recibían, quedaban muertos.

Así mostró Cuautla su decisión por la causa de la Independencia, pudiendo ser colocado el sitio que sufrió entre los dignos de ser recordados por la Historia.